

Los 'hijos del Gulag' luchan para salir del olvido

- Familiares de exiliados de Stalin lanzan una batalla legal para exigir reparaciones
- Millones de rusos murieron en los campos de trabajo de la Unión Soviética

XAVIER COLÁS MOSCÚ Durante la expansión del sistema de campos de trabajo del Gulag, algunos represaliados fueron enviados a lugares tan recónditos del norte ruso que cumplieron condena durante años sin ver vallas ni alambre de espino a su alrededor. Estaban tan lejos de todo que no había ningún sitio a donde escapar.

Muchos no vivieron para contarlo. La represión soviética sepultó a sus víctimas en fosas comunes. Y en ocasiones bajo una tonelada de mentiras. A Denis Karagodin siempre le dijeron que su bisabuelo había muerto en la cárcel, pero en 2012 encontró un viejo cuaderno que indicaba que fue fusilado en Tomsk en 1938, bajo una falsa acusación de espiar para Japón formulada contra él en 1937.

La lucha de Denis para esclarecer lo ocurrido y divulgar los nombres de los que apretaron el gatillo lo ha llevado a tropezar con la justicia rusa. Ha sido denunciado por los descendientes de los presuntos ejecutores de su bisabuelo, que murió a manos de un puñado de oficiales del temido NKVD (que después se llamaría KGB), cuyos nombres y apellidos publicó en internet.

El número exacto de represaliados por el régimen soviético se desconoce. Los archivos del Ministerio del Interior calculan en cuatro millones las personas condenadas bajo acusaciones de actividad contrarrevolucionaria y otros crímenes de Estado de 1921 a 1953, año en el que murió Stalin. De ellas, 799.455 fueron fusiladas. Uno de ellos fue el bisabuelo de Denis, Stepan Ivanovich Karagodin, un campesino cosaco que fue liquidado en los peores años de las purgas del llamado Gran Terror de Stalin. «He conseguido reconstruir toda la cadena de responsabilidades desde Stalin hasta quienes apretaron el gatillo», explica Karagodin a EL MUNDO.

La organización Memorial cree que los cálculos oficiales se que-

dan cortos y estima el número de represaliados durante toda la época soviética en 12 millones de personas. El Museo del Gulag afirma que se trata de no menos de 20 millones.

En algunos casos, la condena ha pasado de una generación a otra, como si fuese una enfermedad hereditaria. Alisa Meissner nació hace casi tres cuartos de siglo en el Gulag y todavía no ha podido salir de ese páramo, a pesar de las leyes de rehabilitación de las víctimas tras el fin de la Unión Soviética. Junto a ella, 1.500 descendientes de exiliados bajo el régimen de Stalin han emprendido una batalla legislativa que podría decidir si se les da una pequeña compensación por las vidas que les quitaron.

Al otro lado del teléfono, la voz de Alisa Meissner suena alegre y nerviosa como el piar de un pájaro enjaulado a 1.200 kilómetros por carretera de la capital del país. Todavía vive en una ciudad a menos de 50 kilómetros de la aldea Gulag donde su familia fue enviada en la década de 1940 después del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Su delito en aquel entonces: un apellido alemán.

«En total, varios cientos de personas se reunieron allí en un asentamiento que comenzó en 1928: era para los *kulaks*, que es como se describía a los campesinos de clase media. Después, se envió a minorías: alemanes, bálticos y también coreanos», explica Grigory Vaypan, el abogado que representa a Alisa Meissner y a otras dos mujeres en este exilio perpetuo.

Los Meissner, vecinos de Moscú, primero acabaron en Kazajistán en 1941, donde su abuelo murió al cabo de un año. Su madre fue enviada a la región rusa de Kirov en 1943 para trabajar en una

explotación maderera. Fueron trasladados a la ciudad de Ozhmego, en la misma región, en 1949. Había una comisaría donde constantemente tenían que registrarse, recuerda. En aquella cárcel sin muros nació Alisa en 1950: «A pe-

sar del lugar, fue una infancia normal, porque los niños están bien en casi cualquier parte», cuenta desde su humilde vivienda. Hace tres décadas, el presidente Mijail Gorbachov firmó un decreto que restablecía los derechos

de los represaliados en la URSS y representaba un hito en la rehabilitación de las víctimas de las purgas. Después se estableció que los hijos podrían optar a una vivienda similar a la que perdieron sus padres durante la represión. Pero al-

gunos destierros no acaban nunca. Cuando tenía cuatro años a Alisa Meissner se le dio permiso para dejar Ozhmego. A su madre se le permitió irse en 1956. Pero en realidad nunca lograron mudarse «porque papá era el único

herrero del lugar» y las autoridades soviéticas no le dejaban irse. Su padre murió en Ozhmego en 1977 y su madre sobrevivió 11 años más: para ambos, el regreso a la capital de la que fueron arrancados fue un sueño inalcanzable.

En 2019 pudo caminar por la calle Nikolskaya, que hoy es una de las más caras de Moscú. Allí, donde tenía su familia una farmacia a principios del siglo pasado, hay hoy un restaurante francés. «¿Qué sentí al pasar por delante?

Que estaba en mi casa», recuerda Alisa, que se pregunta si la maldición que venció a sus padres podrá también con ella. Con el ocaso de la Unión Soviética la zona donde se crió se ha convertido en un pueblo fantasma al que ahora apenas se puede llegar por una maltrata carretera: «Solamente quedan jubilados y gente que no puede marcharse».

La URSS era una dictadura que no siempre permitía la libertad de movimientos, ni siquiera de los que se consideran inocentes. La Rusia actual es una democracia en la que las desigualdades son tan grandes que hay nuevos grilletes, esta vez invisibles.

En la región de Kirov, a 965 kilómetros al este de Moscú, la vida transcurre despacio. Las diferencias entre lo que podría sacar si vende su humilde vivienda y lo que cuesta un piso cerca de Moscú son astronómicas, así que sin un reconocimiento como víctima por parte del Estado, la capital no es sino un planeta distante ante los cansados ojos de Alisa.

Los hijos e hijas del Gulag ganaron un juicio en el Tribunal Constitucional de 2019 para optar a un piso. Pero esa victoria podría verse socavada por una nueva legislación que los pone en una lista de espera para conseguir una vivienda junto a otro tipo de aspirantes. Estos ancianos tendrían que aguardar durante décadas.

La rehabilitación de las víctimas del Gulag comenzó en 1956 en el Congreso del Partido Comunista donde el sucesor de Stalin, Nikita Jruschov, denunció en su famoso Discurso Secreto la represión contra los viejos bolcheviques. En 1989 fueron descubiertas varias fosas comunes y se difundieron listas de nombres de los ejecutados y los desaparecidos.

Es una herida inabarcable. Etnias enteras, en total 2,6 millones de personas, fueron acusadas de traición y actividad contrarrevolucionaria y deportadas de sus tierras a la estepa o a las regiones inhóspitas del Norte. Al contrario que en los campos de concentración nazis, allí la muerte de los

prisioneros no era el resultado de la eficacia de las autoridades sino de su dejadez o incompetencia. «Los guardias los trasladaban a su antojo, alimentándolos si les parecía», escribe Anne Applebaum en su ensayo *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*. El Gulag duró más que el nazismo y la mortalidad adquirió muchas formas: congelación, desnutrición, enfermedad o incluso devorado por los mosquitos.

En los papeles que tiene Denis sobre la mesa, un certificado sobre su bisabuelo, que figura como liquidado el día 21 de enero de 1938 en Tomsk. Se lo entregó en el año 2016 el propio FSB, heredero del KGB.

Hace un mes de nuevo la policía llamó a la puerta de los Karagodin. Lo había denunciado el ciudadano Serguei Mityushov, que es hijo de Alexey Mityushov, agente de la policía secreta del Gobierno de Josef Stalin. Denis publicó el documento citando la ejecución en el que se puede ver la firma de Mityushov.

Karagodin incluso identificó a los hombres que presuntamente conducían las camionetas negras que transportaban a los condenados por la ciudad. Pero lo más impactante fue una carta que le dirigió la hija de uno de los verdugos de su bisabuelo. «Gracias por el enorme trabajo que ha realizado por estas dolorosas verdades», es-

En 2019 ganaron un juicio en el Tribunal Constitucional para optar a un piso

Sin embargo, una nueva ley los coloca en lista de espera para obtenerlo

La rehabilitación de las víctimas comenzó en 1956 con Jruschov

cribió la mujer, identificada solo como Yulia. «Nos da la esperanza de que la sociedad finalmente recupere el sentido», agregó. Pero no todo el mundo se lo tomó igual de bien.

Mityushov se unió a la NKVD en 1932 y tenía 25 años en el momento de la muerte de Karagodin. Algunos historiadores han advertido de que con frecuencia esos informes se firmaban de manera rutinaria tiempo después de la ejecución. Denis insiste: «Participó activamente en las masacres de ciudadanos soviéticos, al menos en el período comprendido entre los años 1937 a 1938», explica a este periódico.

En casa de Denis cuelga un retrato tomado en el pueblo de Blagoveshchensk –en la región del Amur, en la frontera con China–, a principios de la década de 1920, recién terminada la Guerra Civil. En el centro de la imagen, Stepan, un hombre barbudo rodeado de sus cinco hijos, mirando hacia el frente, como si desde ahí viese el papel que tiene en su mesa su bisnieto: el documento original escrito a máquina en el que los verdugos de su bisabuelo informan a un tribunal soviético de que su veredicto «se ha cumplido».

Es el eco administrativo de unos disparos de los que durante décadas nadie quiso hablar.

